

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

PARTE SEXTA

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO

POR DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS

INTRODUCCIÓN

EL ULTRAMONTANISMO Y EL CRISTIANISMO

I

Pretende el catolicismo ser uno por excelencia, y desde lo alto de su unidad condena como falsas toda doctrina que de él se desvía; sin embargo, siempre ha habido en su seno dos movimientos, si no contrarios, al menos tan diferentes, que el uno es calificado de cisma por los defensores de la ortodoxia, mientras que el otro ha llegado á ser casi una injuria á los ojos de naciones enteras. Esos son el galicanismo y el ultramontanismo: el primero no es, como pudiera creerse, una doctrina peculiar de la Francia; las opiniones que sustentan sobre la potestad de los papas y las relaciones de la Iglesia y el Estado fueron mucho tiempo acogidas por toda la cristiandad del lado de acá de los Alpes, y de ahí que á las doctrinas romanas se les designe con el nombre de ultramontanismo. Sabido es cuales son los puntos que dividen las dos escuelas: la cuestión de la soberanía espiritual y la soberanía temporal. Los ultramontanos sostienen que el papa tiene la plenitud del poder espiritual, reconociéndole también, directa ó indirectamente,

el poder temporal. Los galicanos, al contrario, dicen que la potestad espiritual reside en la Iglesia, representada por los concilios generales; añaden que la Iglesia no tiene ni puede tener poder temporal, porque Jesucristo, de quien ella recibe su misión, ha declarado que su reino no es de este mundo. Aunque el galicanismo y el ultramontanismo estén de acuerdo sobre los dogmas, se nota siempre entre los doctores galicanos espíritu más amplio y libre que entre los ultramontanos. Esta libertad de espíritu es más acentuada aún entre los pueblos cristianos. La religión de Italia y España es una religión exterior y casi pagana; la de Francia, y sobre todo la de Alemania, tiene algo de más íntima, y, por consiguiente, de más independiente. La inmutabilidad de que se glorifica el catolicismo es antes que todo para el partido ultramontano. El galicanismo se abre más á las nuevas ideas.

Estas dos tendencias han dividido la Iglesia durante algunos siglos. En nuestros días, si hemos de atenernos á las apariencias, el ultramontanismo es el que vence. La reacción ultramontana se identifica con la reacción política que sucedió á la re-

volución del 89. Todos los intereses del pasado, políticos y religiosos, se coligaron contra un movimiento que amenazaba destruir tanto los antiguos cultos como las seculares monarquías. Los reyes y los aristócratas creyeron encontrar en el catolicismo romano un elemento de resistencia contra el espíritu revolucionario y un principio de conservación para las instituciones existentes. No diremos sobre qué singular ilusión descansa esta esperanza; nos limitamos á hacer constar el hecho de la coalición. Después de la revolución del 48, la alianza trajo un gran suceso; se vió una antigua monarquía, que ha resistido siempre con energía y hasta con pasión á las usurpaciones del ultramontanismo, hacerle concesiones tales que comprometían la independencia del Estado. Al mismo tiempo las doctrinas galicanas perdían favor en los países donde habían nacido. ¿Quién habría creído que la patria de Bossuet abdicaría su independencia religiosa á los pies de los obispos de Roma? Dos escritores de genio prepararon esta inesperada revolución; *De Maistre* y *Lamennais* atacaron, con las armas de una lógica implacable, las inconsecuencias y contradicciones del galicanismo. En este terreno debía ser suya la victoria.

La inconsecuencia de las teorías galicanas es evidente. Admitir el poder espiritual de la Iglesia, recusándola toda acción en lo temporal; reconocer que el pontificado es de institución divina, lazo de unidad cristiana, y rehusarle los derechos necesarios para mantener la unidad, hé aquí contradicciones que ciertamente extrañaría encontrarlas entre los Gerson y los Bossuet, si no se supiera que la lógica es mala consejera en la vida real. El ultramontanismo es consecuente, pero asusta á los príncipes y á las naciones, porque no les deja más que una soberanía nominal; es incompatible con la libertad de pensar, aunque conste en nuestras constituciones y esté todavía más profundamente grabada en nuestros sentimientos y nuestras ideas; incompatible con el espíritu de las sociedades modernas, el ultramontanismo perjudica á la religión misma. El galicanismo es inconsecuente, pero respeta la independencia de las naciones y los príncipes, acepta las conquistas de la libertad y busca el modo de conciliarlas con las enseñanzas del Evangelio. Bajo este punto de vista, el galicanismo es una garantía y, mejor diríamos, una condición saludable para el cristianismo.

Pero tal es la fuerza de los principios, que el galicanismo cedió á los ataques de *Lamennais*, por lo cual quedaron ligados al cristianismo tradicional y obligados por la lógica á aceptar las consecuencias, es decir, el ultramontanismo. Fué, sin embargo, necesaria la conmoción del 48 para convertir la cristiandad de los Alpes acá á la soberanía espiritual de los obispos de Roma. La conversión se consuma, y place al papa promulgar un nuevo dogma. Los galicanos habían sostenido siempre que sólo la Iglesia tenía este derecho. A pesar de eso, la Inmaculada Concepción fué recibida en el mundo católico sin protestas; apenas reclamaron algunas voces aisladas, que las aclamaciones y el entusiasmo ahogaron. Hé aquí al papa único soberano de la cristiandad. Pero siendo soberano en el dominio espiritual, debe tener también una acción, digamos mejor, un poder en lo temporal. Los ultramontanos no han variado jamás en este punto. Es verdad que los jesuitas han hecho aparentes concesiones á las exigencias de los príncipes y las naciones; pero estas concesiones, apoyadas por el pontificado, no eran otra cosa que una astucia de guerra. El poder indirecto que *Bellarmin* reconocía al papa tiene la misma extensión que el indirecto reclamado por los ultramontanos puros; en una y otra doctrina, como dijo *Bossuet*, el obispo de Roma es el rey de los reyes (1). Abdicando el poder espiritual de la Iglesia en favor de la Santa Sede, los galicanos han proclamado por esto mismo al papa soberano en el orden temporal. Esta es la lógica que les ha conducido á subordinar la Iglesia á los sucesores de San Pedro; la lógica les obligará igualmente á subordinar el Estado á la Iglesia, y los reyes y las naciones á los soberanos pontífices.

Hay católicos sinceros que sienten la imposibilidad de estas pretensiones y el peligro que pueden acarrear á la religión; querían salvar el catolicismo á pesar de los papas; pero sus sentimientos están en contradicción con los hechos y con la lógica de las ideas; así es como *Ozanam* supone gratuitamente que la Iglesia abdicó su dominación política después de haber combatido contra Federico II y Felipe el Hermoso por la defensa de las libertades generales, y que el papado,

(1) BOSSUET, *Defensio Declarationis cleri gallicani*, pars 1, libro I, sec. II, c. II.

II.

Que no se nos objete que damos demasiada importancia á las opiniones de algunos escritores, y que los sentimientos de algunos hombres no constituyen la doctrina de la Iglesia; responderemos nosotros que los escritores ultramontanos no son otros que el eco de los papas; y puesto que los papas son los jefes de la cristiandad, es preciso que sus pretensiones sean las mismas de la Iglesia. En el curso de este libro diremos cuál fué la doctrina de los papas de la Edad Media sobre la teoría de los dos poderes, que puede resumirse en la soberbia frase de Gregorio VII: "El pontificado sólo tiene un nombre en el mundo." Los papas no han variado desde Gregorio, ni pueden variar; de ello tenemos delante una prueba viva. La cristiandad ha visto con admiración en la silla de San Pedro un *papa liberal*, llevado en triunfo por los republicanos de Roma. Cuando los Italianos exaltaban á Pío IX, ignoraban todavía que un papa liberal es la más imposible de todas las imposibilidades. El pontificado se llama inmutable y lo es, al menos en su insaciable ambición. Pío IX, el papa liberal, no tiene distintos sentimientos que Gregorio VII, papa ultramontano por excelencia. Se dirá que estas suposiciones son muy inocentes y que no ofrecen más peligros para la soberanía de los pueblos que el título de rey de Francia llevado por los reyes de Inglaterra para la independencia de la nación francesa. Las relaciones de Pío IX con el Piamonte responden á esta nueva ilusión.

Verdad es que el papa del siglo XIX no se ocupa ya de excomulgar y deponer los reyes; pero es por una sencillísima razón, porque si está todavía en el Vaticano, es gracias al apoyo de los reyes, y la deposición de un solo príncipe sería recibida con rechifla por la Europa; Pío IX ha tomado la misión de restaurar *la libertad de la Iglesia*; ¿qué quiere decir esto? ¿Es que seriamente reclama la Iglesia la libertad? Esta palabra no puede engañar ya más que á los que ignoran el pasado de la Iglesia. Los papas que en la Edad Media deponían á los emperadores invocaban también *la libertad de la Iglesia*, y, lo que es más aún, en nombre de *la libertad*, la Iglesia se colocaba fuera y por cima del Estado con sus inmunidades, su jurisdicción y el impuesto que bajo el nombre de diezmo sacaba á

(1) OZANAM, *Dante y la filosofía católica*, p. 18.

(2) LAMENNAIS, *Observaciones sobre la promesa de enseñar los cuatro artículos*.

(3) LAMENNAIS, *De los progresos de la revolución y de la guerra contra la Iglesia* (Obras, t. VI, p. 49 y 158).